

otras personas que se hallaban presentes: pronto la respiracion fué ruidosa, el pulso llegó á ser mas regular, y el párpado, que toqué de nuevo, se contrajo inmediatamente.

Al llegar el doctor Surdum, le dije que esperase al comisario de policia antes de desatar los brazos y las piernas del enfermo, porque á mi modo de ver era cuestionable si se trataba de un suicidio ó de un homicidio. El señor Surdum fué de mi mismo parecer, y me volví á mi casa acompañado del señor Armand, á quien dije que el estado de su criado era muy grave; pero que en vista de la mejora que se habia iniciado, esperaba que podria vivir. «Tanto mejor, me dijo, así sabremos la verdad sobre este triste asunto.»

*El señor primer Presidente.*—¿Resulta de vuestra declaracion que encontrasteis á Roux próximo á la muerte?

R.—Hubiera podido vivir aún algun tiempo; la agonía podia haber sido larga, pero estaba muy grave.

P.—¿Notasteis como estaban atadas sus manos?

R.—No; aquel hombre estaba muy malo y no me ocupé de sus manos; lo primero que pensé fué en volverle á la vida. Además mi estado de salud me impedía servir como perito, por lo que preferí dejar á los médicos que serian llamados las pruebas naturales que les permitiesen establecer de visu su conviccion.

P.—¿No quisisteis desatar las manos por temor de que el enfermo espirase en el intervalo?

R.—No fué esa precisamente mi idea. Se le podia prestar socorro á aquel hombre sin desatarle las manos, y creí que ante todo debia ocuparme en salvarle.

*El señor Lachaud.*—¿Podria decirnos el doctor Brousse si la cuerda que rodeaba el cuello estaba sujeta ó no por un nudo?

R.—No habia nudo alguno.

*El señor primer Presidente.*—Eso no está probado.

*Armand.*—El señor comisario de policia dijo que yo me habia opuesto á que el testigo deshiciese la cuerda del cuello antes de la llegada de la policia.

*El doctor Brousse.*—No me acuerdo de nada de

eso; por el contrario, puedo afirmar en conciencia que tal como yo estaba situado en el subterráneo era imposible que el señor Armand me dijese tal cosa.

*El señor procurador general.*—Hay aquí una confusion. El señor comisario de policia ha dicho que Armand estando solo con el señor Brousse, se habia opuesto á que se desatasen las manos y los piés antes de la llegada de la justicia; pero que mas tarde, cuando llegó el señor Surdum, que queria desatarlo, fué el señor Brousse quien se opuso y que Armand no dijo nada.

*El señor primer Presidente.*—La cuestion es saber si cuando el doctor Brousse quiso deshacer la cuerda que rodeaba el cuello, fué Armand quien dijo: «No toqueis, esperad á la policia.»

*El doctor Brousse.*—Eso me parece imposible. La posicion de los actores de la escena está perfectamente determinada. No se les podia confundir: el señor Armand estaba detrás de mí á mi derecha y cerca de la puerta del subterráneo. El grupo de donde salió esa expresion estaba por el contrario á mi izquierda hácia el fondo del subterráneo.

*El señor procurador general.*—Mantengo mi observacion; á saber: que el comisario de policia, no estando presente en aquel momento, no ha podido atribuir ese propósito á Armand. Fué Raynal, si no me engaño, quien dijo eso.

*El testigo Raynal.*—El señor dijo que él respondia de todo; que el señor Brousse volviese á la vida á Roux si podia. En cuanto á la frase, se pronunció y creo que fué Armand quien la dijo. (Murmulló.)

*El señor primer Presidente.*—Vuelvo á recordar que está prohibida toda manifestacion, y que si vuelve á repetirse, no me faltará ni justicia, ni firmeza para hacer evacuar la sala de audiencia.

*El testigo pide retirarse.* Se le ordena permanecer hasta que hubiese declarado el doctor Surdum.

*El señor Julio Favre.*—¿Me será permitido hacer una observacion? Hemos sabido que una consulta firmada por el doctor Surdum se ha distribuido por la ciudad. Se nos ha dicho tambien, y no sé si el hecho es exacto, pues no he querido averiguarlo, que se habia distribuido á algunos de los señores jurados y que el tribunal la conocia. La defensa no la conoce, y me permito rogar al señor Presidente se

sirva preguntar al señor Surdum si ha sido él quien ha firmado esa consulta y la ha hecho circular en todos los centros de Aix.

*El señor Luis Surdum,* doctor en medicina en Montpellier.—No es una consulta, señor Presidente; es puramente una refutacion de la consulta del doctor Tardieu. Solo se ha entregado á personas extrañas que me la han pedido: estoy persuadido de que ninguno de los señores jurados la ha visto.

*El señor Julio Favre.*—¿No se distribuyó en el círculo?

*El testigo.*—Es fácil que llegase allí algun ejemplar.

*El señor Julio Favre.*—No se ha comunicado á la defensa.

*El señor primer presidente.*—¿La defensa ignora que se ha repartido con profusion una consulta firmada Tardieu, no solo en los círculos, sino en la mayor parte de las casas de Aix y de Marsella?

*El señor Julio Favre.*—Es cierto; pero nosotros estamos en una situacion que nos dá derecho á distribuir lo que creemos conveniente.

*El señor procurador general.*—Es cuestionable.

*El señor Julio Favre.*—Mantengo que estamos en nuestro derecho, y pretendo que no se nos ataque de modo alguno; pero me parece cosa nueva que un testigo llamado á declarar en una causa, se convierta en el abogado de tal ó cual idea, que reparta una consulta firmada por él contra el acusado, y que la defensa lo ignore por completo.

*El señor primer Presidente.*—No tenemos que tratar esta cuestion, pues no resulta de ella conclusion alguna; pero hé aquí lo que me creo autorizado para decir. Se ha repartido con profusion una consulta de un médico que habia sido citado como testigo, comprendo que otro testigo háya podido en rigor obrar del mismo modo.

*El señor Lachaud.*—Pero con esta diferencia; que los dos primeros ejemplares de la consulta del señor Tardieu se remitieron en Montpellier al señor Presidente y al señor procurador general; ese documento de que nos ocupamos, se ha remitido aquí para ponerlo, no diré en las manos de nuestros adversarios, el señor procurador general no lo es, pero sí en manos de los que deben mantener la acusacion. Al

atacarnos el señor Surdum debia haber empezado por hacer conocer á los defensores del señor Armand cuales eran sus medios de ataque, y para ello enviarnos ese documento.

*El señor primer Presidente.*—Estoy convencido que el señor Surdum si en efecto ha distribuido un escrito no ha tenido la idea de ocultarnos su trabajo; debia suponer que llegaria á vuestro conocimiento desde el punto que se hacia público.

*El testigo Surdum.*—No he traído sino cincuenta ejemplares; ¿qué es esto al lado de seis mil?

*El señor primer Presidente.*—Mi opinion es que no se hubiera repartido consulta alguna ni en un sentido ni en otro, porque los que lean esos documentos se forman una opinion anticipada, y por el adagio «quien no oye sino una campana no oye sino un sonido», se exponen á formar una opinion errónea.

*El señor Julio Favre.*—El acta de acusacion se ha publicado en toda Europa; hé aquí un primer sonido que ha herido la opinion pública con tanta mayor gravedad cuanto que el lugar donde salió inspira mayor confianza. Dado este precedente, es elemental el que la defensa habia de oponer alguna cosa; pero lo que no es elemental, ni puede comprenderse en modo alguno, es que del seno de los testigos salga un auxiliar de la acusacion y se publique una memoria de la cual no tiene conocimiento la defensa.

*El señor primer presidente.*—Mantengo mi observacion.

*El testigo Surdum.*—El 7 de Julio fui llamado para ver un hombre estrangulado, atado, en un subterráneo. Encontré, en efecto, en el subterráneo del señor Armand un hombre tendido cuan largo era en un suelo ennegrecido por restos de carbon. Examiné á aquel hombre; su situacion me puso en el mayor cuidado. Dije á los asistentes: «Coged á este hombre y llevémosle en seguida á sitio donde le dé al aire.» El doctor Brousse era de parecer contrario; no le ví en un principio, porque aquello estaba muy oscuro y la iluminacion era muy mala. Cuando nos vimos díjome en que estado habia encontrado al enfermo. Le habia quitado una cuerda que apretaba su cuello; pero no habia querido tocar á las ataduras que juntaban los piés y las manos, porque segun me dijo era bueno asegurarse de si se trataba de un suicidio

ó de un homicidio. Fuí de su mismo parecer, y hasta le dí las gracias por su consejo. Habiéndose marchado á su casa el señor Brousse, esperé para tocar al enfermo la llegada del comisario de policía. Encontrábase las manos atadas de una manera tan intrincada, que áun haciendo grandes esfuerzos no pude hallar medio de separarlas; esto me hizo suponer que la cuerda daba muchas vueltas, así es que le dije á Servent: «No os ocupeis de la cuerda; es preciso ante todo cortar, y cortar en seguida. *Introducíd las tijeras entre la carne y la cuerda, y procurad no herir al enfermo.* Durante este tiempo yo desanudé el pañuelo que le ataba las piernas.

Hice que trasladasen el enfermo á su cuarto; Roux se encontraba en un completo anonadamiento amenazado de una inminente asfixia. Me ocupé durante una gran parte de la noche en restablecer la circulación y las funciones del pulmón, por medio de fricciones metódicas y frecuentes en la caja torácica y por medio de compresas de agua hirviendo en las pantorrillas y ante-brazos. Volvió la respiración lentamente; estaba el pulso siempre débil y en determinados momentos se me escapaba. Este enérgico tratamiento nos fatigó mucho tanto á mí como á las personas que me ayudaban. Entonces fué cuando un joven discípulo de la facultad de medicina, el señor Vialette, me propuso velar el enfermo.

Como yo vivía en la casa de Armand, dije al discípulo: si ocurre algo llamadme; dejaré mi ventana abierta y volveré en seguida.

A la mañana siguiente aún estaba muy malo Mauricio Roux; pero su estado no presentaba inminente peligro, habiendo casi desaparecido los síntomas inmediatos de asfixia. No había que temer sino los síntomas consecutivos, pues la apariencia tan grave del enfermo no me permitía admitir que se tratase simplemente del resultado de la asfixia.

El exámen que hice entonces me hizo notar en la nuca una ligera escoriación, á la que confieso que en aquel primer momento no presté una gran atención.

Mauricio Roux, por medio de signos me había hecho comprender que estaba molido, magullado, se encontraba incapacitado de mover la pierna ó el brazo; á estos síntomas subjetivos se añadía una resolu-

ción completa de los miembros y aún de los músculos de la cabeza que caía por sí misma cuando se la levantaba. El estado grave en que se encontraba me inclinó á no tomar sobre mí una excesiva responsabilidad, continuando á su cuidado, conociendo como ya conocía la acusación que formulaba contra su amo, por lo que dispuse que se le trasladase al hospital á cosa de las diez.

*El señor primer Presidente.*—Debo haceros aún algunas preguntas. ¿Os acordáis de como estaban atadas las manos?

R.—No estoy bastante seguro de mis recuerdos para poder precisarlos: lo que recuerdo es que la cuerda estaba tan apretada que fué preciso servirse de un instrumento cortante.

P.—¿Cómo estaban puestas las manos?

R.—La una contra la otra por los dorsos, sin ninguna ó con una pequeña separación de los puños ó muñecas: sin embargo, no doy estos detalles sino con mucha reserva: lo que sí es cierto es que era imposible desatar la cuerda.

El señor Lisbonne y el señor Surdum, precisaron mucho más la relación; en ella se lee: «las manos habían sido atadas por los puños reunidos á una pequeña distancia el uno del otro; la cuerda daba cinco ó seis vueltas en un puño y tres en el otro.»

P.—Volvamos al estado de Mauricio Roux: ¿podía pasar casi por muerto?

R.—Tal vez hubiese vivido una hora ó dos, pero no creo hubiese podido vivir más.

P.—¿Estaba frío su cuerpo?

R.—Salvo en la región del corazón y del estómago.

*El señor procurador general.*—¿Por qué le hicisteis transportar á su cuarto y no al hospital?

R.—Se me propuso hacerlo transportar al hospital, pero contesté: «es inútil, no llegará; vale más transportarlo á su cuarto que está más cerca.»

P.—¿Cuando aplicasteis los sinapismos á las once de la noche no dió un grito Mauricio Roux?

R.—Ninguno, señor Presidente; ni aún siquiera pestañeó; se encontraba en un estado completo de insensibilidad.

P.—Parece—y no es un reproche que os dirija, pero en fin—parece que estuvo enfermo en el

hospital á consecuencia de sus quemaduras.

R.—La vejigación se produjo cuatro días después; no estando restablecidas las principales funciones de la circulación, persistía la insensibilidad.

P.—¿Creeis en una simulación de insensibilidad y de mutismo por parte de Roux?

R.—No lo considero posible. Cuando se le subió desde el subterráneo estaba en un estado completo de muerte aparente.

P.—Haced la descripción de los síntomas que notasteis en él.

R.—Se dividían en dos grupos; los unos correspondiente al nivel de la laringe, los otros á un centímetro y medio ó dos más atrás: eran pequeños rasgos ligeramente elevados de una coloración igual, en fin, sugilaciones (verdugones), cardenales y no equimosis como se ha dicho. Se notaba que había un estreñimiento de la piel, ruptura de los pequeños vasos capilares, extravación de la sangre en la región sub-cutánea. Estas señales cuando las examiné, el 8 de Julio á las siete y media de la mañana, eran más aparentes que la víspera.

P.—Indicadnos el lugar exacto de la escoriación en la parte posterior de la cabeza.

R.—La señal de la nuca no era la misma, ni de la misma disposición que la que provenía de las cuerdas; estaba ligeramente hundida, lo que me ha hecho creer siempre que hubo un golpe: estaba sobre el músculo trapecio en la región más saliente de la nuca en el nacimiento de los primeros cabellos y no en la región occipital.

P.—¿Podriais enseñarnos aún la señal de esa escoriación sobre la misma persona del lesionado?

R.—Sí, señor Presidente.

P.—¿Creeis que esa escoriación haya podido ser ocasionada por la tracción del cuerpo de Roux sobre un cuerpo áspero y desigual, como por ejemplo: sobre pedazos de carbon?

R.—Eso no es posible: además, yo traté al enfermo con el mayor cuidado, yo mismo le sujetaba la cabeza mientras se le transportaba.

P.—Pero esa señal puede explicarse por una simple escoriación en la superficie.

R.—No puedo afirmar nada sobre este punto,

habiendo como hay muchas maneras de producirse las lesiones.

P.—¿Tenía Roux algunos arañazos en alguna otra parte del cuerpo?

R.—No dí importancia alguna á esa observación: estaban sobre el costado y ligeras como arañazos hechos en la piel con un alfiler.

P.—¿Cómo supisteis que Mauricio acusaba á su amo cuando estaba en su cuarto?

R.—Le interrogué yo mismo al día siguiente á las siete y media de la mañana. De pronto me llamó la atención que no hablase; examiné la laringe, no concebía el mutismo. ¿Entonces, le dije, hay alguna historia particular debajo de todo esto? Me dijo que no. «¿Conoceis las personas que han practicado el acto del cual sois víctima?» le pregunté;—respondióme afirmativamente por medio de un signo de la cabeza muy pausado, muy penoso, teniendo la apariencia de sufrir mucho al mover la cabeza.—¿Esas personas son forasteras ó de la ciudad?—Nuevo signo que demostraba eran de la ciudad.—¿Habitan lejos de aquí?—No.—¿En la calle?—No.—¿En la casa? (esta idea me vino á la mente no sé como).—Sí.—¿En qué piso? Afirmación pronunciada cuando indicó el segundo piso y cuando después de haber pronunciado el nombre del señor Euzet, pronunció después el nombre del señor Armand á quien siempre he estimado, con el cual he mantenido siempre las mejores relaciones.—¡Pero estais loco! le dije. Me marché sin llevar más allá mi interrogatorio á cuyas contestaciones por otra parte no dí crédito alguno.

*El señor procurador general.*—¿Vos no prestasteis fé alguna?

R.—En el buen sentido de la palabra. Mas tarde, á las nueve, el juez de instrucción procedió á un nuevo interrogatorio por medio del alfabeto, y entonces supe que Roux acusaba de una manera positiva y categórica al señor Armand.

P.—Dejemos por ahora esos detalles con relación á los cuales tenemos diferentes testigos y volvamos á las observaciones médicas. ¿Vos escribisteis al señor juez de instrucción que deseabais consultar con dos médicos, para determinar el estado de Roux y sobre todo la escoriación?

R.—Sí, y en aquella carta el error anatómico no

es posible; pues preciso lo que digo con el mayor cuidado.

El testigo responde entonces á las diferentes preguntas que se le hacen, relativamente á los efectos que puede producir un golpe dado en la nuca. Cree que puede producir una conmoción cerebral y hasta un síncope, y que para obtener este resultado no es necesario que sea muy violento; cree que el golpe puede no dejar señal alguna. Encontró en Roux síntomas tales como el enfriamiento casi general, el defecto de reacción en las quemaduras, la insensibilidad y el mutismo, la rigidez y resolución de los miembros que no pueden explicarse tan solo por asfixia; sin embargo, añade, que el estado del pecho podría explicar hasta cierto punto esos síntomas, no considero que esto pueda ser suficiente.

El señor primer Presidente.—Después volveremos á ocuparnos de la cuestión médica.

El señor Julio Favre.—Teneis razón, señor Presidente, debemos dedicarnos en este momento á dejar los hechos bien probados. El señor doctor Surdum ha dicho que las quemaduras practicadas en las pantorrillas y en los ante-brazos del enfermo, no habían producido reacción sino cuatro días después de haberse hecho. Pues bien: esto se encuentra en oposición completa con lo dicho por el interno que recibió á Mauricio Roux en el hospital, el cual fija en su declaración la señal de cuatro vejigatorios que empezó á curar, «en las pantorrillas y en los ante-brazos, dijo, se veían las señales de cuatro vejigatorios que se habían aplicado á aquel hombre antes de su entrada en el hospicio. Empecé por curar los vejigatorios.»

El doctor Surdum.—Mi explicación es bien sencilla. He dicho que cuando Mauricio Roux fué trasladado al hospital, sus vejigatorios no daban señales de reacción. Esto no impide que el señor Triadou haya podido curarlos. Las vesículas no se produjeron sino algunos días después: esto es todo. ¿Además, fué en aquel mismo día cuando prestó su declaración?

El señor Julio Favre.—Sí; fué en el mismo día. Lo que es claro y aunque sea de rigor de la discusión médica, puede ser afirmado por todos los padres y madres de familia, es que no se cura un vejigatorio sino cuando se ha levantado la piel, como resul-

tado del vejigatorio en la epidermis. Lo que sabemos también es que cuando desgraciadamente la vida se retira, el reactivo permanece sin efecto, la piel queda en su estado natural como lo decía hace poco el doctor Ahoralieu; según la declaración del señor Triadou la piel de Mauricio se encontraba en un estado de profunda descomposición y se vieron obligados á curarle. Hé aquí mi observación.

A petición del señor procurador general y en virtud de su poder discrecional, el señor primer Presidente ordena que se oiga como testigo al interno del hospital señor Triadou.

El señor Julio Favre.—En su declaración el doctor Surdum se contradice con su memoria sobre el golpe de la nuca y de la conmoción. Acaba de decir en la audiencia que no había juzgado á propósito aquella noche examinar la señal de la nuca en vista de la debilidad del enfermo. En esa memoria dice todo lo contrario: «Examiné la nuca con precaución, sin peligro para el enfermo: no encontré nada.» Sin peligro para el enfermo!

El señor Presidente.—No se puede ver la espalda de un hombre acostado sin volverlo.

El señor Julio Favre.—Dejo sentados los hechos, señor Presidente.

El señor primer Presidente.—Os lo dejo sentar, defensor.

El señor Julio Favre.—Las palabras son precisas hasta no poderlo ser más: examiné la nuca sin peligro para el enfermo. ¡Que importa como estuviese colocado! era preciso que estuviera en una situación en la que se le pudiese examinar; sin esto no se la hubiera examinado. Las palabras son la expresión del pensamiento; el francés es el francés y espresa las ideas. Estas ideas son las que nosotros cogemos y con ellas es como razonamos.

El señor primer Presidente.—Lo que resulta de todo lo dicho es que el señor Surdum en el primer momento en que examinó la nuca por una razón ó por otra, tal vez porque la examinó precipitadamente no percibió nada. A la mañana siguiente volviendo á examinar al enfermo con cuidado vió la escoriación, cuyas señales, según asegura, existen aún hoy día.

El señor Julio Favre al señor Surdum.—¿Se acuer-

da el testigo que el comisario de policía le hizo notar la existencia de una placa roja en la nuca?

R.—No me acuerdo de eso.

El señor primer Presidente.—Es indudable que si el señor comisario se la hubiese hecho notar, el señor Surdum la hubiese visto.

El señor Julio Favre.—El comisario de policía lo dice positivamente: «Noté una placa roja en la parte posterior del cuello y la hice notar al señor Surdum.» Me parece que esto debería figurar en la declaración del médico.

Deseo además que diga el testigo si ha tenido conocimiento de lo que pasó en el hospital, del modo como salió Roux, á pesar de la oposición de los médicos y de las ovaciones que se le han hecho. La primera vez que salió fué objeto de una verdadera ovación y quiso salir de nuevo: el señor doctor Dupre se opuso y entonces Roux echó á un lado su carácter de enfermo y salió para no volver al hospital; ¿desearia saber si el doctor tiene conocimiento de estos detalles?

El señor Surdum.—No volví á ver al enfermo sino cuando salió del hospital y antes de que volviese á su país, y aún porque me llamó; estoy satisfecho de no haberlo visto cuando ocurrió el segundo atentado.

El señor Julio Favre.—Una pregunta más que será la última, señor Presidente. ¿Cómo sabe el señor Surdum que la señal del golpe existe todavía?

El señor Surdum.—Debo decir la verdad. He visto ayer á Mauricio Roux; yo no examiné la nuca, pero sé por un profesor de la facultad que la señal existe aún.

El señor Julio Favre.—Quedamos satisfechos de saber como el doctor Surdum ha sabido eso. Teniamos interés en saberlo.

El señor primer Presidente.—Lo comprobaremos en la persona de Mauricio Roux. ¿Armand, teneis que hacer alguna pregunta al testigo?

Armand.—¿Se acuerda el testigo de mi actitud cuando yo estaba con él al lado de Roux?

R.—Hablé al señor Armand la noche en que presté mis auxilios á su criado y á la mañana siguiente cuando fué á preguntar por él. Su actitud era muy

natural y no pude sospechar que tuviese conciencia de que se le acusaba y mucho menos que tuviera que reprochar un crimen; lo confieso.

El señor primer Presidente.—Sin embargo, ¿sabiais que Roux le acusaba?

R.—Lo sabia, pero no habia dado crédito á semejante acusación.

Armand.—¿No pregunté al doctor Surdum si esperaba que recobrase Roux el uso de los sentidos y de la voz? ¿No me contestó que no estaba seguro, que no me lo podia decir?

El doctor Surdum.—Me acuerdo, en efecto, que el señor Armand me pidió noticias de su criado; parecia que le queria, pero no puedo acordarme de los detalles de lo que dije.

Armand.—El señor Surdum estaba en el cuarto en el momento en que el comisario de policía pretende que Roux alzó su mano contra mí. Sabia que éste me acusaba; ¿lo vió el testigo?

El testigo.—Estaba cerca de la cama y no creo que ese hecho sea exacto, pues el enfermo no se encontraba en estado de moverse; apenas si podia mover el brazo. Que levantara la mano no lo creo y hasta me parece sorprendente: sin embargo, debo confesar que mis recuerdos sobre el particular no son de la mas rigurosa exactitud.

El señor primer Presidente.—¿Tal vez no estabais muy cerca?

Armand.—Yo que me acuerdo muy bien, recuerdo que pregunté al señor Surdum después de la acusación que Roux me dirigia si podia esperarse que recobrase la voz, á lo cual me contestó, no sé si la recobrará, no puedo asegurarlo.

El testigo Surdum.—Es cierto que el señor Armand me hizo esa pregunta, y creo que le respondí poco mas ó menos lo que dice.

El señor Julio Favre insistiendo.—El señor Armand declaró ayer que habia preguntado si el enfermo recobraría la razón y con ella la voz, en la esperanza de que cuando pudiese hablar, confesaría la verdad de lo ocurrido. ¿Comprendió el doctor Surdum que era este el objeto de la pregunta?

El doctor Surdum.—Lo comprendí muy bien y declaro que respondí poco mas ó menos lo que ha dicho el señor Armand.

*El señor Julio Favre.*—¿Comprendisteis así el pensamiento de Armand?

*El doctor Surdum.*—No en aquel momento, pues yo no creía en la acusación que contra él se dirigía.

*El señor Julio Favre.*—La pregunta en boca de Armand, todo el mundo la comprendería; puede explicarse de dos maneras; ó por el deseo ó por el temor de ver que Roux volvía á la vida. Si Armand era inocente, es innegable que la pregunta se explica por el deseo de que su criado volviese á la vida, si era culpable se explica por el temor de verlo revivir: esta es la razón de por qué deseo saber el modo como interpretó el testigo la pregunta.

*El señor primer Presidente.*—El testigo ha declarado según me parece, que no podía contestar.

*El doctor Surdum.*—Con tanto más motivo en cuanto yo me encontraba muy distante entonces de sospechar del señor Armand.

*Vialette* (Agustín), estudiante de medicina, declara que el 7 de Julio por la noche, á cosa de las ocho y media, sabiendo por el rumor público que se acababa de ahorcar un hombre, y deseoso de estudiar los fenómenos que acompañan la asfixia por estrangulación, se presentó para pedir al doctor Surdum, que cuidaba á Roux, el permiso de ayudarle, y se ofreció á hacer durante la noche varias visitas al enfermo, cuyo estado le pareció muy grave, próximo á la muerte.

El testigo, añade, que desde la primera visita, á cosa de la media noche se declaró una pequeña mejoría; á pesar de que se había presentado, en apariencia, insensible á la aplicación del agua hirviendo. Volviendo á ver al enfermo á cosa de las dos de la madrugada después de haberse dedicado el testigo á un examen atento de la parte superior del cuerpo de Roux y de haber notado en el cuello la señal de un desollon, que cortaba oblicuamente las señales que habían dejado las cuerdas en la carne, se le ocurrió la idea de que podía tratarse de un crimen.—Cuando Mauricio Roux, continuó, parecía que había recobrado sus facultades intelectuales, el inspector de policía, Delousteau, que se encontraba en el cuarto, dijo: «Es una desgracia que el enfermo se vea privado de la voz, porque se le podría hacer decir

como ha sucedido todo esto, si se trata ó no de un crimen; pues hay un medio fácil de suplirlo, respondió el testigo, y es poner vuestras manos en las suyas y recitarle una después de otra todas las letras del alfabeto, diciéndole que indique por medio de una presión las letras que deban formar el nombre de su asesino.» Con la ayuda de esta maniobra se obtuvo el nombre de *Armand*.

Habiendo preguntado al portero y á Malzac, que estaban presentes, si conocían á alguno que tuviese aquel nombre, parecieron quedar en suspenso: entonces fué cuando Delousteau dijo que el dueño de la casa se llamaba *Armand*.

*El señor primer Presidente.*—¿Puede suponer que el mutismo de Roux era simulado?

R.—No se puede disimular hasta aquel punto. Si hubiese excitado en él la sensibilidad, el dolor provocado por la aplicación del agua hirviendo hubiese provocado inevitablemente alguna manifestación de su parte y de modo alguno manifestó el más pequeño sufrimiento.

P.—¿Cuando preguntasteis á Roux dónde le dolía, señaló con el dedo hácia la parte posterior de su cuerpo?

R.—Sí, señor, y fui yo quien haciendo presiones provoqué de su parte una sensación dolorosa.

P.—¿Observasteis en el cuello de Roux una escoriación?

R.—Al principio no tuve sino una opinión incierta sobre este punto; pero los experimentos que hizo más tarde el señor Alguí y que renové yo mismo, convirtieron mis dudas en íntima convicción.

P.—Cuando por medio de una serie de presiones con la mano obtuvisteis la palabra *Armand* sin R, ¿os hizo comprender Roux que os habíais equivocado?

R.—Sí; y esto con una expresión de sufrimiento aumentada por la imposibilidad en que se encontraba de hablar. Volví á empezar la experiencia y obtuve el nombre *Armand*.

P.—¿Conocíais al señor Armand?

R.—No, señor.

*Delousteau* (José), inspector de policía en Montpellier, encargado por el comisario central de velar á Mauricio Roux la noche en que ocurrió el suceso.—Colocado á la cabecera del enfermo, le pareció

éste tranquilo, pero á cosa de las dos y media, el enfermo, en lugar de tener la vista perdida y tenebrosa como hasta entonces, se puso á mirarle con ojos fijos y brillantes. Esto le produjo un efecto que no sabría como describir; entretuvo al enfermo haciéndole saber los rumores que corrían entre la multitud, que una mujer había bajado al subterráneo con dos hombres; que estas personas eran los autores del hecho, preguntándole si aquellos rumores eran fundados. Hizole Roux signos negativos. Continuando su interrogatorio hizo las preguntas de tal manera, que no tuviese que responder sino por medio de un signo afirmativo ó negativo; el testigo obtuvo esta declaración del enfermo; que se le había puesto en el estado en que se encontraba; que era una persona sola; que conocía á esa persona; que vivía en la casa de Armand. Para obtener un signo afirmativo para esta última pregunta, el testigo se había visto obligado á nombrarle antes primero, muchas calles de la ciudad después muchas casas del boulevard del Jen-de-paume, pero el nombre del autor del delito no sabía como obtenerlo; el enfermo le hacía sin cesar señales con la mano derecha que no podía mover mucho, pero no comprendía lo que aquello quería decir. Entonces se decidió, eran las tres menos cuarto, á enviar á buscar al señor Vialette; cuando éste llegó, el testigo le propuso hacer la experiencia del alfabeto, á lo que accedió el señor Vialette.

El testigo puso su mano en la de Roux, pronunció todas las letras del alfabeto, desde la A hasta la Z y renovó varias veces la operación hasta que obtuvo el nombre *Armand*.

*El señor primer Presidente.*—¿Qué observasteis cuando Mauricio Roux volvió á la vida?

R.—Trataba de hacer signos, pero su mano no llegaba hasta el cuello: á la llegada del señor Vialette lo examinamos y entonces vimos el golpe que quería indicarnos.

Se levanta la sesión: eran las cinco de la tarde.

Al abrirse la audiencia el día 16, en el momento en que el señor Amilhan, juez de instrucción en Montpellier, citado como testigo, avanza delante del tribunal, el señor Julio Favre se levanta y pronuncia las siguientes conclusiones:

En atención á que el señor Amilhan, juez de ins-

trucción en Montpellier, ha instruido contra Armand y ha dictado providencia, que es la base del proceso. Que se encuentra, por lo tanto, en condiciones que no puedan parecerse á las que la ley exige al testigo. Que por otra parte, las funciones de que se encuentra revestido, el papel oficial que juega en el asunto, imposibilitan á la defensa del examen á que debe quedar sujeto todo testigo, en los términos que la ley prescribe. Por estos motivos y otros que es de esperar el tribunal suplirá en su superior criterio, pido declare que el señor juez de instrucción del tribunal de Montpellier ha sido mal citado y mandar que no sea oído, bajo todas las reservas que puede tener lugar en derecho.

No se trata aquí, dijo el señor Favre, sino de una cuestión de principios, y no tengo necesidad de decir al tribunal que el incidente, sobre el cual tengo el honor de llamar su atención, no tiene nada de personal con relación al honorable magistrado que el señor procurador general ha creído deber citar para esta audiencia.

El juez de instrucción que se ha ocupado ya de todos los elementos del procedimiento, ¿se encuentra en las condiciones exigidas por la ley cuando se presenta á declarar como testigo? Hé aquí una cuestión que no encuentro razón para resolverla en sentido afirmativo, aún en presencia de los textos y de las autoridades, cuya gravedad no desconocemos. En efecto, cuando el juez de instrucción ha procedido á una información, no se ha limitado tan solo á recoger las noticias, las ha apreciado en interés de la justicia, en interés de la verdad. En el momento en que dicta su providencia ha juzgado ya, su opinión está formada, puesto que en virtud de su resolución se abre ó se cierra la puerta de la prisión al acusado, é involuntariamente ha de defender dicha opinión.

Sé bien que puede ser oído, si el ministerio público lo exige; pero me parece que no debe ser en calidad de testigo.

¿A qué ha de tener necesidad de prestar un nuevo juramento cuando se encuentra ligado por aquel en virtud del cual ejerce sus funciones y le presenta libre de toda pasión personal, para no dejar en él sino el soplo de la verdad? El buen sentido y la con-